

Capítulo 58: Esto fue tan... aburrido

"Ah~ Sí, probemos mi fuerza actual", dijo Vergil mientras se preparaba.

Se detuvo, flexionó ligeramente las piernas mientras sus ojos seguían el movimiento lento y amenazante del demonio gigante, un coloso imponente comparable a la altura de un autobús.

Era como una pequeña colina de carne y músculos demoníacos, su piel oscura como el carbón, entrecruzada con brillantes fisuras carmesí de energía demoníaca que pulsaban como venas.

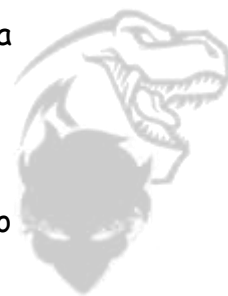
Las cadenas en sus manos rasparon el suelo con un sonido metálico ensordecedor, dejando profundas y peligrosas marcas a su paso.

"¿Un prisionero, ¿eh?", murmuró Vergil al verlo acercarse a él. Los demás demonios estaban demasiado concentrados en sus hermosas esposas.

—Vamos, grandullón... Vamos... —Por un breve instante, Vergil sintió una oleada de excitación recorrer todo su cuerpo.

Por fin, algo que realmente podría suponer un desafío digno.

En los últimos minutos, él y sus esposas se habían distraído con enjambres de demonios más pequeños, criaturas que, aunque numerosas, caían como hojas secas ante su poder. Pero ahora, ante él, se alzaba algo digno de su verdadera naturaleza.





"Es hora de demostrar de qué estoy hecho", murmuró Vergil para sí mismo, con una leve sonrisa formándose en sus labios.

El demonio avanzó, sus pasos estremeciendo el campo de batalla. Cada vez que sus pies tocaban el suelo, la tierra se agrietaba bajo la presión, y las cadenas en sus manos silbaban en el aire mientras blandía las enormes armas hacia Vergil.

Vergil saltó y su cuerpo se movió con sorprendente agilidad.

Esquivó el primer golpe, una cadena que destrozó el suelo donde se encontraba, lanzando pedazos de asfalto y tierra en todas direcciones. En el aire, giró, canalizando energía demoníaca hacia su mano, con los ojos brillando de determinación.

Asestó un puñetazo contundente al demonio, pero la piel gruesa y resistente de la criatura era mucho más resistente de lo que esperaba. El golpe en el hombro de la criatura fue fuerte, pero solo le quebró la superficie, dejando pequeñas fracturas sin daños significativos. El demonio rugió en respuesta, blandiendo su enorme cuerpo y lanzando otra cadena contra Vergil.

Con un movimiento rápido, Vergil bloqueó el ataque, pero el impacto fue tan violento que lo hizo volar hacia atrás. Se elevó por los aires varios metros antes de estrellarse con fuerza contra el suelo, rodando antes de recuperar el equilibrio. Sus pies se hundieron en la tierra al derrapar hacia atrás, levantando una nube de polvo.

—Vaya, vaya —murmuró Vergil, con una pequeña sonrisa burlona mientras se crujía el cuello y miraba al demonio—. Parece que esto va a ser más complicado de lo que pensaba.





¡Hurgh, hurgh, hurgh! La criatura rió, un sonido profundo y gorgoteante que resonó desde lo más profundo de su garganta. Era como si fuera consciente de su propia superioridad física, de la fuerza abrumadora que aplastaría a cualquiera lo suficientemente insensato como para enfrentarse a ella. Y por un instante, Vergil sintió una oleada de frustración crecer en su interior.

«Idiota...» pensó, viendo como el demonio se burlaba de su comentario anterior.

Se lanzó de nuevo a la lucha, moviéndose a toda velocidad mientras esquivaba los feroces ataques de la criatura. Las cadenas zumbaban junto a él, fallando por poco, y cada vez que una fallaba, el suelo temblaba con el impacto. Vergil golpeó con su espada, pero ninguno de sus ataques parecía infligir suficiente daño. Era como intentar derribar un rascacielos con un martillo.

«Esto es ridículo», pensó, dando un salto hacia atrás y respirando con más dificultad. «Es como si estuviera luchando contra un pedazo de basura gigante, como si nada de lo que hago importara».



Bajó la mirada hacia sus manos, apretando los puños, sintiendo una punzada de irritación crecer en su interior. El demonio, mientras tanto, continuaba su lento avance, con su rostro deformado en una expresión de satisfacción. Para él, esta lucha no era más que un juego, algo insignificante, una victoria garantizada.

La risa de la criatura resonó en todo el campo de batalla, burlándose de la impotencia de Vergil.

Esa sensación de ser solo una insignificante masa de carne comparada con el monstruoso tamaño del enemigo lo golpeó como una avalancha. No estaba indefenso, ni mucho menos, pero algo en su interior estaba encerrado, retenido. Vergil cerró los ojos un instante, dejando que la creciente ira e

insatisfacción alimentaran algo más profundo.

Sabía que su poder estaba allí, listo para ser desatado.

"Soy más que esto", murmuró para sí mismo, en voz baja, casi un susurro.
"Mucho más que esto".

Apretó la mano con más fuerza y sintió que algo en su interior se liberaba. Una energía familiar, oscura e intensa comenzó a fluir por su cuerpo, llenando cada célula con una fuerza abrumadora. Los ojos de Vergil se abrieron de golpe, brillando con una luz carmesí profunda, una chispa de destrucción pura.

El demonio colosal, quizá percibiendo el cambio en la atmósfera, dudó un instante. Pero solo un segundo, antes de reanudar su ataque, con la cadena girando en el aire, lista para aplastar a Vergil una vez más.

Pero esta vez, Vergil no se movió para esquivarlo.

Con una calma inquietante, se quedó quieto, observando al demonio acercarse. Levantó la mano, que irradiaba una energía oscura que parecía distorsionar el aire a su alrededor, y dio un paso adelante. Sus pies tocaron el suelo ligeramente, pero el impacto de su presencia fue como el peso de una montaña.

"Basta", dijo y su voz resonó en todo el campo de batalla.

El demonio blandió la cadena con todas sus fuerzas, y el golpe fue como una guillotina. Pero antes de que pudiera impactar, Vergil se preparó para atraparlo con las manos desnudas.





El sonido que siguió no fue el esperado choque de metal contra carne. En cambio, fue un silbido agudo, como el sonido de una espada cortando la esencia misma de la realidad. Vergil asestó un tajo con la mano que no solo golpeó al demonio, sino que lo atravesó con tal precisión y devastación que, por un instante, todo pareció detenerse.

La cadena del demonio se partió por la mitad y su enorme cuerpo se congeló. Los ojos de la criatura, antes llenos de arrogancia y odio, se abrieron de par en par, llenos de confusión y miedo.

Entonces, lentamente, el cuerpo del demonio comenzó a desintegrarse. No hubo sangre ni gritos. Solo una luz oscura emanaba del corte que Vergil había hecho, consumiendo a la criatura de adentro hacia afuera. En cuestión de segundos, el colosal demonio, que momentos antes parecía invencible, quedó reducido a nada más que dos mitades que se desplomaron en el suelo con un temblor.

Vergil bajó la espada; su cuerpo aún irradiaba poder, pero su expresión era serena. Respiró hondo, sintiendo cómo la tensión abandonaba sus músculos mientras observaba el resultado de su golpe. El campo de batalla a su alrededor se había quedado en silencio, e incluso los demonios menores, que habían estado cargando furiosamente, dudaron, asustados por el poder abrumador que acababan de presenciar.

Katharina, Roxanne y Ada, enfrascadas en sus propias peleas, se detuvieron un momento para observar lo que acababa de ocurrir. El comportamiento de Vergil era diferente; su aura se había intensificado de forma alarmante.

—No... no puedo creer lo que acabo de ver —murmuró Katharina con los ojos muy abiertos.





—Ese... no es el mismo Vergil que conocemos —añadió Ada, frunciendo el ceño como si intentara darle sentido a lo que acababa de suceder.

Roxanne, sin embargo, rió suavemente, aún recuperando el aliento tras su propia batalla. "Bueno, siempre supe que tenía algo así dentro. Siempre lo supe."

"Esto fue tan... aburrido", murmuró Vergil, sintiendo la amargura de matar a un oponente de un solo golpe.

